

SILLÓN DE OREJAS

Militantes y escritores

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Martos

Hay libros que se leen con un nudo en la garganta y las mandíbulas tensas de rabia. Me ha sucedido con el reportaje de investigación y denuncia *Caso Cipriano Martos*, del periodista Roger Mateos (Anagrama). Martos (¿1942?-1973) nació en una familia de jornaleros en uno de los rincones más míseros de la Granada de posguerra, donde los vencedores actuaban aún con la impunidad de señores de horca y cuchillo fascista. Emigró: Sabadell, Terras-

sa, Igualada y Reus fueron escenarios de su vida adulta en los que la pobreza, el hacinamiento y la miseria eran parte esencial del entorno. Hombre solitario y tímido, el descubrimiento de la militancia fue también el de la amistad y, quizás, el del amor. Se afilió, como numerosos inmigrantes del sur en la Cataluña desarrollista, al FRAP (su presidente de honor fue el exministro de la República Julio Álvarez del Vayo), y a su matriz, el PCE (marxista-leninista), fundado en 1964 por los que consideraban a Carrillo un “renegado vendepatrias” y creían que Enver Hoxha y Mao marcaban el camino de la revolución que habían abandonado los “traidores revisionistas” del PCUS. El FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriota), que surgió a principios de los setenta como brazo de agitación e intervención de masas del estalinista y sectario PCE (m-l), dirigido desde el exilio por los duunviros Elena Ódena y Raúl Marco, no rehuía la violencia contra la po-



El dirigente socialista Julio Álvarez del Vayo, en un mitin en 1936. EFE

licia (cuatro asesinados entre 1973 y 1975) y empresarios de la “oligarquía proimperialista”. La policía sometió a la organización a una despiadada represión que culminaría con la ejecución, en septiembre de 1975 (dos meses antes de que el dictador muriera en su cama), de tres militantes del PCE (m-l) junto con dos de ETA. Martos no mató a nadie, pero participó en muchas “acciones” de entonces, entre ellas en robos justificados con el eufemismo de “recuperaciones de la plusvalía”. Las condiciones de la clandestinidad eran precarias, a menudo por falta de medios o por el aventurerismo de los responsables. En las normas para la seguridad del partido (redactadas por los dirigentes en el exilio), que conocían todos los militantes, se decía a propósito de las torturas: “Un comunista debe tener presente en todo momento que puede perderlo todo menos su honor revolucionario. Más vale dejar la vida, si fuera preciso, en manos de los verdugos del régimen

El País – Babelia 19/05/18

que traicionar al partido”. Martos, el antihéroe y mártir de esta historia terrible, fue detenido, cruelmente torturado y (probablemente) asesinado por la policía en 1973, que no debió de sacarle mucha información. Quizás por ello le obligaron a beberse el contenido de un cóctel molotov: con el tubo digestivo destrozado, murió en medio de espantosos dolores. Lo enterraron a escondidas y no permitieron que su familia viera el cadáver. Su terrible historia es una de las más ignoradas —pero no la única— del tardofranquismo. El libro de Mateos, repleto de preguntas sin respuesta, se subtitula “Vida y muerte de un militante antifranquista”.